

manente y al siguiente año, el 23 de Agosto de 1861, nueve días después del triunfo de Jalatlaco y al recibir el Presidente de la República el parte detallado de esta acción, le premió con el grado de General de Brigada.

Veamos como fué conquistando sus ascensos uno á uno, con su valor y su ardiente patriotismo.

CAPITULO VI.

Batalla del Mineral del Monte.—El Ejército de Oriente.



O se desalentó la reacción con este golpe tan rudo: el Directorio, que en la Capital fomentaba la conspiración contra el Gobierno Constitucional, contaba no solo con el inmenso número de gavillas que asolaban al país entero, sino con la intervención europea, que iba á traducirse muy pronto en una invasión.

Los principales directores de la reacción clerical sabían que tres potencias estaban ya prontas á formar una liga armada para intervenir en los asuntos de México y derrumbar al Señor Juárez. Alentados con esta confianza no se preocupaban de las derrotas que sufrían sus caudillos como Márquez, Butrón, Lozada y Mejía, y pronto recluta-

ban nuevos bandidos para cubrir las bajas sufridas en cada combate.

Una estela de sangre y esterminio dejaban á su paso las hordas clericales, y por donde pasaba Márquez, sobre todo, solo quedaban pueblos arruinados, cadáveres insepultos y patíbulos levantados en nombre de la religión.

Liberales eminentísimos, patriotas sin mancha y patricios llenos de virtudes cívicas habían sido asesinados por el héroe de Tacubaya. El terror imperaba por todas partes, y la nación extinguía sus últimos alientos vitales en aquella guerra civil, la más terrible y prolongada que se registra en nuestros anales. La miseria agobiaba á todas las clases sociales, las industrias estaban paralizadas, y el Gobierno apenas podía obtener recursos insignificantes para sostener á sus soldados, que leales y sufridos se batían día á día, obteniendo triunfos espléndidos.

Los derrotados de Jalatlaco cruzando montes inaccesibles fueron á abrigarse á la sierra de Querétaro, que les ofrecía un refugio seguro para reponerse de sus pérdidas.

Allí, con los abundantes elementos de que disponía Don Tomás Mejía, se reorganizó de nuevo el ejército reaccionario, que bajo la dirección de este Jefe emprendió una nueva campaña tan rápida como atrevida.

Aquellas masas se precipitaron por las vertientes de la Sierra, y Mejía, Márquez y Zuloaga llegaron á Pachuca con fuerzas numerosas y bien disciplinadas.

El Gobierno republicano sintió el peligro que le amenazaba si aquellas masas invadían el valle, y pensó salvarse con un golpe de audacia.

Era Ministro de la Guerra el General Ignacio Zaragoza, quien había llegado á tan alto puesto por los importantes servicios que prestó á la Nación en su carrera militar tan breve como gloriosa.

El joven Secretario de Guerra no se intimidó ante el peligro por grave que fuera éste. Puso á la capital en estado de sitio, y formando una pequeña brigada con las tropas que guarneceían la ciudad, la hizo marchar al encuentro del enemigo, ordenando que saliera de la capital en las altas horas de la noche, para que nadie lo supiera.

México sólo quedó cubierto con el cuerpo de Inválidos, el Escuadrón Leandro Valle y la policía. La división tan violentamente organizada y puesta á las órdenes del General Santiago Tapia marchó á Pachuca y de allí salió al camino del Mineral del Monte al encuentro del enemigo, tres veces mayor en número.

Pero iban con el valiente General Tapia y al frente de los cuerpos Jefes como Mejía, Porfirio Díaz Mayor de Ordenes de la brigada de Oaxaca, y el Teniente Carlos Salazar que tantas glorias conquistó luchando por la libertad y la Independencia.

Pronto estuvieron á la vista los combatientes. El ejército reaccionario, suspendiendo su orden de marcha, estendió sus extensas alas, asombrándose de que osara detenerlo aquel puñado de constitucionistas. En el campo de los clericales se veían á Márquez, á Mejía y á infinitos Jefes que eran renombrados como los mejores del ejército conservador.

Tapia sin vacilar organizó sus columnas y las lanzó sobre aquella imponente masa. Porfirio, Salazar y Alvarez al frente de ellas se arrojaron al combate, sin contenerse un instante por el fuego nutridísimo con que los recibía el enemigo. Los soldados de Oaxaca habían sido habituados por su joven General á no contar á los contrarios, y á pesar de las muchas pérdidas que sufrían los dos Batallones de aquel Estado, y que marchaban á la cabeza de la columna, cruzaron el espacio que los separaba de los reaccionarios y trabaron al fin con éstos una lucha cuerpo á cuerpo.

El combate fué espantoso, y entre el incesante tronar del cañon y de la fusilería y entre el humo que envolvía el campo apenas se escuchaban los gritos de los combatientes y los gemidos de los moribundos.

Al fin comenzó á cesar el fuego y á disiparse la humareda, los republicanos habían tomado la artillería de los clericales y ocupado el campo de éstos, haciendo muchos prisioneros. La caballería federal perseguía á los dispersos, en tanto que los Jefes de la reacción hacía tiempo que habían desaparecido, huyendo en una carrera vertiginosa.

La pequeña división republicana tornó á la capital que había salvado cubierta de despojos y laureles, siendo recibida con entusiasmo, no sólo por las autoridades, sino por la población entera que había vis-

to con terror acercarse á la ciudad las terribles hordas de la Sierra.

El golpe que sufrió la reacción fué tan grave que su directorio, no pudiendo organizar ya grandes cuerpos de ejército, se conformó con fomentar la guerra de guerrillas, armando nuevos bandidos que robaron diligencias, asesinaron pasajeros y saquearon las haciendas y pueblos indefensos.

El Gobierno general tuvo sin embargo algun respiro, pudiendo consagrarse á organizar fuerzas para rechazar al enemigo extranjero, que iba á aparecer muy pronto en el primero de nuestros puertos del Golfo.

CAPITULO VII.

La intervención extranjera.



IRMADA la convención de Lóndres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria,

Pero poco pudo hacer el Señor Juárez para oponer una resistencia seria al extranjero que en son de guerra llegara á nuestras playas; en efecto el Gobierno constitucional apenas tenía fuerzas ya para combatir contra la guerra civil que fomentaba el clero.

Verdad es que gracias al valor y abnegación de los soldados republicanos habían sido desbaratados los diferentes ejércitos reaccionarios que á las órdenes de Márquez, Mejía, Lozada, Butrón y otros, asolaron los Estados más ricos de la República. Pero quedaban innumerables gavillas que por todas partes robaban, asesinaban y cometían todo género de depredaciones.

El malestar social era inmenso, paralizadas todas las industrias, desaparecidos los capitales: y la clase desvalida soportaba todo género de privaciones: nadie se atrevía á recorrer los caminos, las fincas de campo estaban desiertas porque los dueños no se atrevían á habitarlas, y los peones eran arrebatados del arado para ser filiados en las tropas. El país, en suma, había agotado sus esfuerzos vitales y el tesoro público estaba exhausto.

Juárez entónces apeló al patriotismo nacional, y, con la franqueza propia á su carácter dió cuenta á su país del peligro que lo amenazaba, por la inmediata invasión que habían organizado tres grandes potencias de Europa. México al escuchar aquel grito de angustia correspondió á las esperanzas del gobierno alistándose á la lucha.

El partido liberal hizo esfuerzos sobrehumanos, y los Gobernadores de los Estados comenzaron á organizar sus contingentes de guerra, mientras las tropas que tenían en pié combatían contra las gavillas conservadoras.

No podemos narrar en sus terribles pormenores aquel período, el más luctuoso y sombrío que se registra en nuestra historia contemporánea. Pero sí tenemos que consignar los sucesos que forzosamente se enlazan con los anales militares que estamos recorriendo.

La escuadra española había aparecido, la primera, en las aguas de Veracruz, y tras ella llegaron los buques franceses é ingleses trayendo tropas de desembarque.

El Gobierno había ordenado la desocupación del puerto, para agotar hasta el fin las medidas conciliadoras que debían poner en relieve

el derecho que asistía á México. El Señor Juárez quería además no destruir en combates inútiles las pocas tropas que había en Veracruz, y que tendrían que sucumbir ante la inmensa superioridad de los invasores. Retirando á la primera línea de la Cordillera las tropas nacionales, y dejando al extranjero en la estéril y mortífera Zona de la costa, ganaba tiempo para concentrar mayor número de fuerzas.

Formábase en efecto violentamente el Ejército de Oriente que había de conquistar un nombre inmortal en aquella campaña. En Diciembre de 1861 marcharon á Orizaba la Brigada de Oaxaca y algunos cuerpos á las órdenes del General Uraga, nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente.

De las fuerzas que acababa de recibir hizo Uraga dos brigadas, dando el mando de la primera al General Ignacio Mejía y el de la segunda, compuesta de los batallones de Morelos y Guerrero y alguna caballería á Porfirio Díaz.

Entre tanto los tres ejércitos invasores se habían establecido en la costa, y los representantes de las tres naciones coaligadas celebraron en la Soledad preliminares de arreglo con nuestro Ministro de Relaciones, Don Manuel Doblado. Este eminente patricio, sobre cuya memoria pesa hoy la ingratitud de un pueblo, venció en astucia á los viejos diplomáticos de Europa, y con la fuerza de su inteligencia les hizo confesar la justicia que asistía á México.

Fué el primer triunfo del derecho sobre la fuerza: los representantes extranjeros firmaron el tratado previo segun el cual, no sólo se levantaba muy alto nuestro pabellón tricolor, sino que se reconocía la legitimidad de los poderes de la República, y se obligaban los invasores, en caso de rompimiento, á retroceder á su primera línea de ocupación, de la que habían avanzado hasta Orizaba y Tehuacán, en virtud de la generosa concesión de nuestro Ministro.

Entre tanto el Gobierno aglomeraba cuantas tropas tenía á la mano en la línea de Oriente, situándolas al otro lado de las cumbres de Acultzingo.

La primera brigada de Oaxaca, á las órdenes del general Don Ignacio Mejía, se dirigió á San Andrés Chalchicomula, donde llegó al caer la tarde del 6 de Marzo de 1862. Alojóse en el edificio del diezmo ó

colecturía, con tal desorden y tal imprevisión, que la tropa hacía lumbradas en el mismo patio donde había un gran depósito de parque. Repentinamente se incendió éste pereciendo casi toda la tropa, y centenares de mujeres, niños y paisanos de los que siempre acompañan á nuestras tropas.

Las pérdidas fueron considerables y sobre todo muy sensibles, porque en aquel desastre sucumbieron soldados veteranos que habían hecho toda la guerra de Reforma, venciendo en cien combates á los enemigos de la libertad.

El General Porfirio Díaz permaneció en Ixtapa aumentando sus fuerzas y mejorando la instrucción de éstas y su organización.

Entre tanto se precipitaban los sucesos en el campo intervencionista, surgiendo las dificultades consiguientes á los intereses, tan opuestos entre sí, que perseguían las naciones que habían entrado en aquella coalición.

Doblado, con aquella intuición soberana que poseía y en virtud de la cual era uno de los políticos más hábiles de su época, había comprendido que la unión entre las tres potencias era imposible por mucho tiempo, en virtud del antagonismo de las miras privadas de cada una.

España soñaba en una restauración borbónica volviendo á México á su antigua condición de colonia conquistada; pero no participaba de ese delirio monárquico el General Prim nombrado en Jefe del ejército expedicionario.

La Francia traía un plan preconcebido de intervención permanente, cuyo punto de mira era erigir un imperio, sucursal del de Napoleón III, que realizara los negocios leoninos proyectados en la alcoba de la Montijo y que pusieran á flote al quebrado Jecker, y dieran á las princesas imperiales la propiedad de las minas de Temascaltepec.

La Inglaterra sólo traía en su cartera los bonos de su deuda, y un inmenso protocolo de reclamaciones.

Doblado, después de haber hecho firmar á los representantes de las tres naciones los preliminares de la Soledad, se había alejado sonriendo, seguro de que en aquellos convenios quedaba sembrado el germen, que al desarrollarse, desagregaría la liga tripartita.

Habíase señalado el 5 de Abril de 1862 para la apertura de las conferencias definitivas entre México y las tres potencias signatarias. Pero ántes estalló el conflicto entre éstas.

La presencia de Almonte en el campamento francés, la liquidación de las deudas que reclamaba cada nación y, sobre todo, la imposibilidad de armonizar las pretensiones secretas de las tres partes contratantes, trajeron al fin la crisis que previó Doblado, con la profunda mira de que México sólo tuviera que luchar con un ejército extranjero, descartando á los otros dos.

Rota la convención de Londres, los ingleses y los españoles retrocedieron á Veracruz para reembarcarse, no queriendo ser cómplices en el atentado urdido por Napoleón. La Francia quedó sola, fascinada por las promesas del clero y de los conservadores, que le ofrecían entregarle sin resistencia el país entero. Y sus representantes violaron sin pudor los convenios signados en nombre de su nación, llenando á ésta de mengua.

Pero no quedó en esto la deslealtad de Saligny y de Jurien de la Graviere: no osando volver, como estaban obligados por su palabra de honor, á la zona del vómito, simulaban abandonar á Orizaba, hasta el Fortín sin alejarse mucho de aquella ciudad, donde el ejército francés había dejado sus enfermos, con una pequeña fuerza que los custodiaba.

Entonces Zaragoza ofició al General francés manifestándole que esa guarnición era innecesaria, pues sus enfermos estaban bajo la salvaguardia del Gobierno, quien los haría respetar y atender.

El Jefe francés no se dignó contestar á aquella nota.

La posición de los dos ejércitos era la siguiente: Los franceses tenían su retaguardia en el Fortín, y un pequeño destacamento de la brigada del General Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquel. Violentamente doscientos caballos, conduciendo otros tantos zuavos á la grupa, se desprendieron del grueso del ejército francés, y se arrojaron sobre los cuarenta hombres que componían la avanzada del ejército mexicano.

Los puestos resistieron el ataque, á pesar de haber sido tan imprevisto, con un valor heroico: cuarenta mexicanos resistieron á cuatrocientos franceses, sucumbiendo al fin después de haber quedado

treinta fuera de combate: los diez restantes se retiraron entonces al cuartel del General Díaz. Este, desde que comenzó el ataque, sorprendido de una agresión que violaba pactos anteriores, pero indignado por un hecho que no honraba al invasor, se aprontó á sostenerse en su puesto, si era atacado en él, dando rápidamente parte de lo acontecido al General Zaragoza que se encontraba en Orizaba.

El General en Jefe del ejército de Oriente y el General Prim, que estaba á su lado, no podían creer aquel injustificable atropello del derecho de la guerra, ni que los franceses comenzaran las hostilidades ántes de pasar del Chiquihuite, como se había estipulado en los preliminares de la Soledad.

Zaragoza en el acto que recibió el parte de que eran atacadas las posiciones del General Díaz, montó á caballo y se lanzó al llano de Escamela á donde llegó pronto, escuchando las detonaciones y presenciando las disposiciones tomadas por el General Díaz.

Un escuadron, lanceros de Oaxaca, entorpecía el avance de los franceses, y Porfirio tomó en aquellos momentos el mando de la gran guardia que estaba situada en el llano de Escamela y avanzó sobre los franceses para estorbarles el paso. Zaragoza entre tanto movió toda la División y sus trenes, retirándola de la manera más ordenada, confiando en que el General Díaz cubría su retirada.

Pero no era ya sólo la columna de cuatrocientos franceses la que avanzaba sobre las posiciones mexicanas, sino todo el Ejército invasor que marchaba sobre Orizaba, encubriendo su incalificable agresión contra lo pactado, con el absurdo pretexto de que estaban en peligro los enfermos que habían quedado en aquella ciudad.

El General Díaz á pesar de la inferioridad numérica de su tropa detuvo á la infantería francesa, recogió sus puestos y se retiró al fin con el orden más perfecto hasta Orizaba, donde se reunió al General Zaragoza.

Allí volvió el Señor Díaz á tomar el mando de su División marchando hasta el Ingenio, donde se encontraba la División del General Arteaga. En este punto se concentraron las fuerzas mexicanas, en tanto que los franceses ocupaban á Orizaba donde comenzaron á fortificarse.

Al día siguiente Zaragoza marchó para Acultzingo donde estableció su campo.

Pero entre tanto los reaccionarios habían cobrado alientos y reuniéndose las gavillas de Márquez, Cobos, Benavides y otros clericales, formaron un grupo considerable que comenzó á merodear en torno del Ejército mexicano, tanto para ayudar al invasor llamando la atención del General Zaragoza, cuanto para irse aproximando al ejército invasor para ponerse á sus órdenes.

Luego que supo Zaragoza que las gavillas de Márquez amenazaban á Atlixco, ordenó al General Díaz marchase con su División á Tehuacan, donde debía tomar el mando de las Brigadas de Morelia y San Luis para perseguir á los reaccionarios que asolaban el Estado de Puebla.

El General Díaz marchó en el acto rindiendo su primera jornada en Tlacotepec; pero allí recibió orden de Zaragoza para que retrocediera al Cuartel General de éste, porque los franceses avanzaban para subir las Cumbres.

Porfirio se puso luego en movimiento incorporándose á Zaragoza en Puente Colorado: allí el General en Jefe hizo marchar con el ejército á las Brigadas de San Luis y Morelia y situó en el puente al General Díaz con una brigada de Oaxaca, ordenándole defendiera el paso si quiera por dos horas, después de que acabaran de cruzar el puente las tropas nacionales.

El ejército invasor pronto estuvo á la vista y comenzó á ascender por las primeras rampas de la Sierra.

Demasiado conocido es el episodio gloriosísimo de las cumbres de Acultzingo, donde fué gravemente herido el General Arteaga, que con la Brigada de Querétaro disputó valientemente el paso á los franceses: éstos comenzaban á sorprenderse de una resistencia que no aguardaban, ya porque confiaron en las promesas de los conservadores que les prometían la entusiasta sumisión del país entero, ya porque creían que los soldados mexicanos no se atrevían á luchar contra los soldados que se llamaban los primeros de Europa.

Sin embargo, los franceses continuaron ascendiendo, hasta que la batería situada en Cuesta Blanca y la artillería oculta en los accidentes del terreno los obligaron á detenerse.